

ESTABLECIMIENTO
DE
T. MONTAGUT.

BAÑOS DE RIBAS

ABIERTO
desde 25 junio á
15 septiembre.

Esclentes aguas segun certificados de los mas renombrades facultativos para combatir las enfermedades del estómago, intestinos, higado y aparato biliar, bazo, matriz, aparato urinario y demás abdominales.

Clima sumamente agradable en verano y tónico excitante, altura sobre el mar 810 metros. Servicio de fonda inmejorable á cargo de los Sres. Saleta y C.^a

Mesas francesa y española, restaurant y especial para enfermos y personas delicadas y todos los tratamientos que se sirvan ordenar los respectivos facultativos de cada enfermo; precios de costumbre; salones de reunion, bailes, periódicos, timbres y luz eléctrica, capilla con misa diaria, correo y telégrafo en el mismo, direccion telegráfica **Baños Ribas**. Hay nuevas cocinas y comedores independientes para familias que quieran arreglarse la comida por su cuenta á 2, 4, 5 y 6 reales por persona y dia; rebajas á los que estén larga temporada. Para mas detalles y pedidos, dirigirse por carta al administrador en los mismos Baños.

LA ANTIGUA Y ACREDITADA ESTAMPERÍA

que D. **José Bordas** tenia establecida en la calle de la Puertaferrija, n.º 8, se ha trasladado á la calle de la Cucurulla, n.º 5, lo que tiene el gusto de participar á su numerosa clientela y al público en general.

CRÉDIT LYONNAIS

Rambla del Centro, 28.

Alquiler de cajas para caudales. Para prospecto y detalles dirigirse á la seccion de títulos.

* Para **Sevilla**, con escalas en **Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz y Huelva**.—Saldrá de este puerto, el dia 30, á las diez de la mañana, el vapor español «Aznalfarache», capitan D. José Heredia, admitiendo carga y pasajeros para dichos puntos.

Consignatarios Sres. Busanya y C.^a, Plaza Medinaceli, 1, bajos.

* Para **Sevilla**, con escalas en **Valencia, Málaga y Cádiz**.—Saldrá de este puerto, el dia 30 del actual, á las diez de la mañana, admitiendo carga y pasajeros, el vapor «Manuel Espaliu», capitan D. Manuel Tengo.

Consignatario D. Santos Palomo, Paseo de Colen, núm. 6, bajos.

LECTURAS VERANIEGAS.

¡Cuán peligrosas son las generalizaciones! A fuerza de decirnos unos á otros que leíamos demasiado, que la enfermedad de nuestro siglo era el cerebralismo, hemos llegado á creerlo todos de tal modo, que aquellos que efectivamente leían demasiado..... han continuado leyendo tanto ó mas que antes; pero, en cambio, los que jamás fueron aficionados á la lectura se han apresurado á darse por aludidos y han encontrado muy cómodo curarse en salud, despreciando, en nombre de la higiene del espíritu, una aficion que nunca tuvieron.

En nuestro país los últimos abundan muchísimo mas que los primeros, y de ello resulta un nivel de cultura tan bajo y un entontecimiento tan general, que ya es cuestion de emprender una campaña para hacer que la gente lea, convenciéndola de que no es ciertamente por saturacion de ideas, por multiplicidad de conocimientos ni por refinamiento intelectual que pecamos en España, sino, al contrario, por ignorancia, por desgana de saber y por opacidad de entendimiento.

Esta campaña debiera empezar arriba, porque es el caso que hasta en muchos de aquellos mas positivamente obligados á tener abiertas sus potencias y sentidos á la luz ideal (escritores, artistas, hombres de carrera, etc.), se nota una pereza intelectual, un estancamiento y una ignorancia de lo que no sea la técnica de su oficio (los que la poseen), que trascienden á sus obras, faltadas de elevacion y de sentido propio.

Pero hoy por hoy, como cosa del día, vamos á referirnos á los veraneantes en general y á las lecturas que podríamos llamar no obligadas, aunque obligación de educar su espíritu todo el mundo la tiene siempre.

La gente de ciudad vamos en verano al campo y á las alturas no solo para huir del calor de la tierra baja, sino tambien y muy principalmente para refrigerar nuestro espíritu que, agobiado por una vida social demasiado densa, sujeto todo el año á atenciones escesivamente concretas, y empequeñecido en cierto modo por ellas, apetece y necesita rehacerse sumergiéndose en la grandeza de la soledad, del reposo de los campos y montañas, y de los vastos horizontes. Entonces el hombre de ciudad abre los ojos á la contemplacion propia y á la de los espectáculos de la naturaleza, y estas dos contemplaciones se influyen, se combinan y acaban por confundirse engrandeciendo el alma.

Pero son muy pocos aquellos que despiertan por propia virtualidad á la contemplacion; la mayor parte, necesitamos algun estímulo: y el mejor estímulo para ello es un libro bueno. Un poco de lectura sana entre excursion y excursion, ó entre baño y comida, hace tanto bien al menos como la toma, la ducha ó la pulverizacion medicinal.

Al campo debiéramos ir los de ciudad para hacer un especie de ejercicios espirituales. Pero á fin de que no se asusten aquellos en cuyos oidos estas palabras pudieran sonar demasiado austeras, nos apresuramos á añadir que los *ejercicios* por medio de la lectura no implican precisamente la meditacion de libros sublimes. No. En un estudio histórico escrito por un filósofo-artista como Taine ó Macaulay, por ejemplo; en unas memorias palpitantes de vida ingénuo y llenas de color como las de Benvenuto Cellini—que Goethe se tomó la pena ó el gusto de traducir por entero á su propia lengua—; en el saborear con la lentitud debida las creaciones de poetas antiguos y modernos de fama universal; en novelas que no sean *de tesis*, pero que tampoco sean demasiado insignificantes; en libros de viajes y aventuras como los de Julio Verne y como los mas modernos de Bret Harte y de Ruydard Kipling, puede encontrarse tanta amenidad, mas pasto intelectual y quizás menos cansancio y embrutecimiento, que en pasarse los días haciendo la comadre junto á una fuentecita campestre demasiado urbanizada, y las noches jugando al *burro* en un rincon de balneario.

Leamos, leamos, que buena falta nos hace. Aun en libros que parecen meramente recreativos, si son buenos, siempre se encuentra algo que aprender, algo que hace pensar.

Ahora mismo acabamos de leer uno de Ruydard Kipling, á quien antes hemos nombrado. Ruydard Kipling es hoy el autor de moda entre los anglo-sajones. Cuenta historias, dramas entre lobos, serpientes, elefantes, pájaros y focas, por los cuales el lector llega á interesarse como si fueran seres humanos, pues ve en ellos penas, alegrías, pasiones y heroicidades propias del hombre. El autor, que ha recorrido los desiertos de la tierra y del mar, conoce las costumbres, los movimientos y hasta, por decirlo así, la fisonomía moral de sus habitantes, y los describe con una verdad artística y comunicándoles con su estilo un interés que encanta y apasiona. Por dentro de todo ello anda, así muy vagamente, una ligera filosofía de misántropo burlesco; pero, en suma, es lo que se llama un autor ameno.

Pues bien, en este autor ameno, en su libro traducido al francés con el título de *Livre de la Jungle*, hemos encontrado el siguiente rasgo. Se trata de una gran revista militar que el Virrey de la India inglesa da en honor del Emir del Afghánistan. Durante la noche ha habido un gran desorden producido por el galope desenfrenado de los camellos á través del campamento. A consecuencia del enorme remolino de hombres y bestias (camellos, elefantes, caballos, bueyes y mulos), encuéntranse reunidos varios de estos animales junto al escondite del autor, que entiende su lenguaje y puede dar cuenta del cómico diálogo que entre ellos se entabla, y que constituye el cuerpo del cuento, titulado *Servicio de la Reina*. Como epílogo de él, describe la gran revista de la mañana siguiente, el desfile de infantes, jinetes, elefantes y camellos armados, bueyes y mulos arrastrando las piezas de artillería, ante el Virrey, el Emir y su Estado mayor.

«Despues empezó á llover—añade el autor—y durante un buen rato la bruma impidió ver lo que hacian las tropas, las cuales formaron como un gran semicírculo en la llanura, desplegándose en línea. Esta línea se fué prolongando, pro-

longando, hasta coger tres cuartos de milla de una ala á otra. Era aquello una sólida muralla de hombres, bestias y armaduras que de pronto avanzó compacta hacia donde estaban el Virrey y el Emir. A medida que se iba acercando, el suelo empezó á retemblar como el puente de un *steamer* cuando las máquinas fuerzan la presión. No se puede imaginar el efecto aterrador que en los espectadores produce un avance así en masa, hasta cuando se sabe que aquello no es mas que una revista. Observé al Emir. Sus ojos fuéronse abriendo mas y mas, recogió las riendas de su caballo y miró detrás de sí.... Pero el avance paró en seco, el suelo cesó de temblar, la línea entera saludó, y todas las músicas rompieron á tocar á la vez. La revista habia terminado.

Entonces oí un antiguo jefe del Asia Central, de larga caballera gris, que estaba junto al Emir, preguntar á un oficial indígena:

—Ahora, decidme, ¿cómo ha podido hacerse una cosa tan admirable?

El oficial contestó:

—Se ha dado una orden, y ha sido obedecida.

—Pero, ¿por ventura las bestias son inteligentes como los hombres?

—Obedecen como éstos. Mulo, caballo, elefante ó buey, obedece á su conductor; el conductor al sargento; éste al oficial; el oficial al capitán; el capitán al coronel, y éste al brigadier y el brigadier al Virrey, que es servidor de la Emperatriz. Así es como se hace esto.

—Ojalá que en el Afghanistan se hiciera igualmente—dijo el jefe afghan—. Allí no obedecemos sino cada uno á su propia voluntad.

—Por esto—replicó el oficial retorciéndose el bigote—vuestro Emir, á quien no obedecéis, ha de venir aquí á recibir las órdenes de nuestro Virrey.»

¡Qué hermoso asunto para meditarlo cualquiera de nosotros bajo la fresca sombra de los chopos, á orillas del Ter, pongo por caso!

J. MARAGALL.

CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA

Madrid 27 de julio.

Realmente no tiene nada de agradable en estos días la misión de adquirir informes acerca de la marcha de las cosas públicas, pues merced á las fluctuaciones que experimenta el criterio del gobierno en las cuestiones mas importantes, aparece el encargado de realizar la misión de poner al corriente de lo que ocurre á sus lectores habituales, como poco cuidadoso del cumplimiento de su misión, cuando realmente lo que ocurre es que ninguna de las resoluciones que se adoptan por los que ejercen el poder político tienen el carácter de definitivas, modificándose, no solo en sus detalles de forma sino hasta en su fundamento, á la acción ejercida de una manera directa y eficaz por intereses mas ó menos legítimos que cuentan con medios suficientes para sentir el peso de su enojo. Puede lanzárase con razon acusación semejante, si se tiene en cuenta lo que ayer decia en el primer párrafo de la correspondencia acerca del arreglo con el Banco, que se consideraba como cosa hecha, tanto, que el propio señor ministro de Hacienda llegó hasta á suponer que la ley, con la adición ó enmienda al artículo 7.º, podia ser votada en el Congreso antes de terminarse la sesión; pero á última hora la decoración cambió, soplaron vientos de fronda contra el arreglo, y todo quedó como estaba en un principio, suspendiéndose la reunión que esta mañana, á las once, habian de celebrar en el Banco de España los consejeros de este establecimiento, para dar forma á la transacción pactada con el señor ministro de Hacienda, fundándose la resurrección del conflicto en que este señor, contestando á los ex-ministros liberales Puigcerver y Canalejas, declaró que seria modificada la ley de 28 de mayo de 1898, que amplía la facultad de emisión del Banco á 2.500 millones, y como precisamente la aspiración de nuestro establecimiento primero de crédito es la de conservar tal privilegio, se retiró lo que parecia como una fórmula, y hasta pareció que la ley iba á ser aprobada en los términos en que primitivamente estaba redactada.

Esta nueva dificultad es, como se comprenderá, acogida con júbilo por parte de los enérgicos del gobierno; pero me parece que se llegará á una transacción que tal vez consista en rebajar en 500 millones la facultad de emisión, rebajando